

TEDDY Roosevelt, Buen Amigo de Cuba

por Carlos Robreño

el Mundo, oct 26/1958.

Mañana se cumplirá el primer centenario del nacimiento de Theodore Roosevelt y si la figura de este hombre que vino al mundo en la ciudad de New York el 27 de octubre de 1858 tiene para los norteamericanos una extraordinaria brillantez por su vigorosa actuación en la vida pública de ese gran país vecino, del cual fue su vigésimo sexto presidente, para nosotros los cubanos su nombre aparece escrito con caracteres imborrables en el libro de Historia de este país debido a su conducta en dos momentos determinados de nuestra existencia.

Corrían los días precursores de la guerra hispano-americana. Pese a la presión del pueblo, la prensa y algunas voces del Congreso norteamericano, el presidente Mac-Kinley no se hallaba muy resuelto a promediar en defensa de los que nacía ya años venían derramando su sangre por la Libertad de Cuba. Insistía este gobernante en que para iniciar cualquier gestión conciliatoria, los rebeldes cubanos tenían que aceptar primeramente un armisticio y alguien tuvo que deslizarle a sus oídos que tal tregua sólo favorecía al régimen opresor que imperaba en esta isla perjudicando a los que peleaban contra el yugo tiránico. Un armisticio significaría la disolución y desintegración de tan bravo ejército, que no podría siquiera obtener sus escasos alimentos: moriría de hambre. Por otra parte, los enemigos de los insurrectos alargarían las negociaciones con objeto de que los rebeldes se impacientasen, volviendo a sus hogares, ya que de quedarse en el campo habrían de ser acusados de violar dicha tregua.

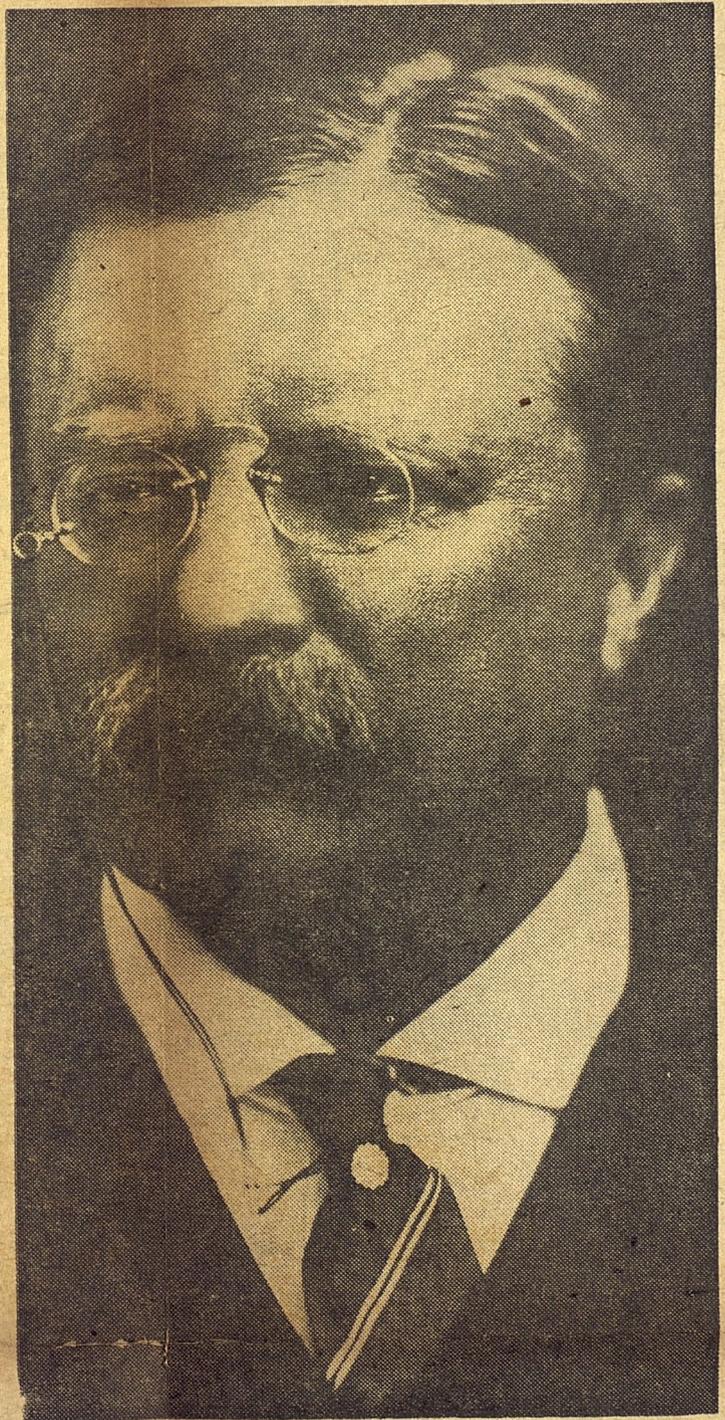
Mac Kinley, no obstante, no se decidía a proceder. Aca-so siguiendo el ejemplo de algunos de sus antecesores: Cleveland y el General Grant o por entender que su criterio no era contrario al de la Doctrina Monroe, cuyos beneficios no alcanzaban a aquellos países que en el tiempo de promulgarse tal teoría, aún se hallaban irredentos.

Afortunadamente, "Teddy" Roosevelt, yankee de distinta contextura, deportista entusiasta y hombre de arrojo excepcional pensaba como otros muchos ciudadanos de la gran nación, de manera distinta. Estimaban que para los Estados Unidos semejante política era una verdadera afrenta, pues resultaba incomprensible que estuviese haciendo gala de su gran amor a la Libertad y a la Democracia, mientras a solamente noventa millas de sus casas en una infortunada isla que el Caribe baña se estuvieran permitiendo los más abominables crímenes, los más horrendos asesinatos en nombre de una brutal represión para ahogar el grito de rebeldía de una generación valiente.

Escudándose en prejuicios protocolares, en un falso concepto de las relaciones entre llamados gobiernos amigos no pueden tolerarse, si existe algún medio para evitarlo, las frecuentes consecución de atentados a los más elementales principios de la dignidad humana.

Bien lo entendía así Theodore Roosevelt quien aprovechando su elevada posición y su indiscutible personalidad en el gobierno de Mac Kinley, aunque en el terreno personal, ambos no sostuviesen muy cordiales relaciones, se esforzó en inclinar la balanza a favor de la noble causa y más tarde, predicando con el ejemplo, organizó aquel regimiento de Roughs Riders que desembarcó en playas cubanas para luchar por su independencia junto con nuestros gloriosos mambises y en la Loma de San Juan, en esas siempre heroicas y rebeldes serranías orientales, dió prueba de su valor.

Más tarde, en el correr de los años, consumada ya nuestra independencia y ocupando el propio "Teddy" Roosevelt la presidencia de los Estados Unidos, un pasaje lamentable de nuestra Historia lo obligó a actuar de manera determinante en los problemas cubanos. La reelección de Don Tomas Estrada Palma dió lugar a una revuelta armada y el gobierno norteamericano se veía autorizado para



intervenir con objeto de restablecer el orden, de acuerdo con la aborrecible enmienda Platt que cayera como oscuro borrón sobre la nitidez impoluta de aquella "Joint Resolution" acordada por el Congreso de los Estados Unidos, unos años antes.

Pero Theodore Roosevelt, buen amigo de los nacidos en esta tierra, por cuya Libertad había luchado en los campos de batalla, se adelantó a informarle al Senador Foraker:

"Permitame sólo explicarle para su conocimiento personal, que no hay la menor intención, como nunca la hubo, de proceder contra el gobierno establecido, sino únicamente el deber de actuar en virtud de la renuncia de sus poderes de dicho Gobierno. Mandé a Bacon y Taft debido a la insistencia del gabinete de Estrada Palma que nos ha instado, nos ha forzado a que adoptemos tal actitud".